

TRAS LA CAÍDA DEL MURO O SOBRE LA PUERTA DEL CARMEN

de Diego Pelegrín Villares

Aquella noche liberamos el concepto;
le dimos la muerte predicada.
Su último aliento fue tan fuerte
que nuestras palabras sonaban
sin el eco que nos traía su significado.
A este suceso unos le llamaron
mala y otros buena
suerte.

Recordamos.

El día en que cayó el muro
nos deshicimos de todas las piedras
separando unas de otras:
Unas se partían
al tratar de separarlas, otras
conseguían sobrevivir
(no estaban tan bien cimentadas).

Recordamos.

Con los años se olvidaron
los ladrillos recogidos bajo
nuevos edificios
jóvenes y altos:

Percieron las manos, castigadas manos,
y desde ellas comenzó a extenderse, por todo el cuerpo,
el mal de la piedra.

Venimos.

-¡Deténganse! Una criatura despistada
desde el coche mira por la ventana
en medio de la carretera
el hueco que en el centro se abre.
¡Deténganse! Ahí se yergue
una puerta sin puertas
un contrasentido en el centro
de la ciudad, de la carretera, del camino...
Para a quién te lleva y dile
en qué piensas, ahora, detente y recuerda.

-Ahí hay una puerta
aislada de las personas
de la que solo su marco queda

su marco de piedra,
puerta sin puerta,
puerta sin muralla. Piedra, piedra, piedra...

Y dile más: Tiene por foso
el alquitrán de la carretera y
por cocodrilos coches
de hierro con chimenea.

Pasó la puerta y pasaste la puerta,
pero no dijiste nada.

Cuando ya demasiado lejos
os cuento esta historia
de la puerta sin puerta
de la puerta sin cerrar sin estar abierta
y os enseñó el camino
en el que viven
las personas que aman a las piedras.